

Y de sus asas tienen
 La gran Carkesia copa,
 Y libación ofrecen,
 Felicidad, delicias,
 Eternos, justos bienes,
 Al esposo desean,
 Y el dulce vino beben.
 De todas las doncellas,
 Tu venturosa suerte
 La más linda te ha dado,
 Ni hallarse otra tal puede:
 La dulce joven bella,
 Por quien tú tantas veces
 Tiernos suspiros dabas,
 Hoy á tus brazos viene;
 No envidies á los dioses,
 Si tu ventura entiendes.

X.

Amor bulle en mi pecho
 Y sin cesar voltea
 Mi corazón amante
 Y acá y allá le lleva;
 Mis miembros desenlaza
 Su poderosa diestra,
 Y en viéndome rendido
 Ya me desprecia y vuela;
 Tiene sus lindas alas
 Cual ave, mas es fiera,
 Y dulce y apacible,

Y de indomable fuerza:
 Atis, de tu abandono
 Al crudo Amor te queja,
 Que en los ojos me abrasa
 De Andrómeda la bella.

XI.

Esperio, luz hermosa
 De Venus la rosada,
 Que los tiernos deseos
 Y enamoradas ansias
 Benigna satisfacés,
 Tú conduces á casa
 El delicioso fruto
 Que las almas encanta,
 El manchado rebaño
 De las ligeras Cabras,
 Y con su dulce madre
 La niña que las guarda.

EPIGRAMAS.

I.

El mísero Menisco ha dedicado
A Pelagón un remo y una nasa
En monumento de la vida escasa
De todo pescador infortunado.

II.

Yace aquí la ceniza recogida
De Timas infeliz, que al negro y feo
Tálamo de Perséphone admitida
Se vió, antes de cumplir el himeneo.
Sus mejores amigas se han raído
Del todo la brillante cabellera,
Movidas de su suerte lastimera.

FRAGMENTOS.

I.

Yo te conjuro, por la amistad nuestra,
Que escojas otra de más pocos años,
Pues yo, que mucho con la edad te excedo,
Nada te sirvo.

II.

¡Cándida Venus! dulce madre mía,
El tierno amor del adorado joven
Toda me vence, y en mis dulces ansias
Dejó la tela.

III.

Yerno feliz, ya coronó himeneo
De tus deseos el ardor sublime,
Y la doncella que quisiste tanto
Ya la posees.

IV.

Pónteme al frente, amigo,
Y tierno y amoroso,
Despliega, ¡ay me! despliega
La gracia de tus ojos.

V.

Con la süave Venus,
En delicioso lecho,
Dormí entre frescas rosas,
Dormí amorosos sueños.

VI.

Contigo, noche amable,
Vienen todas las cosas;
Viene el vino agradable,
Las cabras presurosas
También vienen gozosas.
Y la tierna doncella
Torna á su madre bella.

VII.

Amo el brillante lujo,
Amo las cosas bellas,
Y el esplendor y el fasto
Mi corazón desea.

VIII.

Muy más süave canta
Que la süave lira,
Y su esplendor hermoso
Muy más que el oro brilla
Toda su faz amable,
Y en ella parecía
Bello color melado
Con variadas pintas.

IX.

No lo sabes, amigo;
No soy como pensabas,
Ni en mi pecho se oculta
Ardiente fiera saña:
Soy blanda y apacible,
De la risueña Pafia
Anhelo las delicias,
Y el tierno amor me agrada:
Es el sol de mi vida,
Y dulcemente al alma
Inspiró sus placeres
Y dulce amargas ansias.

X.

Los bellos Amorcillos
Pavorosos huían,

Las sus pintadas alas
Lánguidas y caídas,
Y de sus tiernas manos
Arcos y flechas tiran.

XI.

Desde el Olimpo baja
El Amor á la tierra
Con su purpúrea banda,
Que el leve viento ondea.

XII.

Süave dulce Musa,
La de trono dorado,
Que al divino poeta
Dictaste dulce canto,
Que de la ínclita aldea
De Teyos el anciano
Cantó süavemente
Armonioso y vario
Las jóvenes hermosas
Del delicioso campo.

XIII.

En un florido valle
Una graciosa niña

Al alba rociada
Bellas flores cogía;
Mas era la muchacha
Más que las flores linda.

XIV.

Parécesme pequeña
Y delicada niña,
Que de Venus ignoras
El juego y dulce risa;
Muy más que Náís bella,
Tan agraciada y linda;
Tu color cual Pirene,
Que ni asea ni pinta
Su natural belleza
Con su mano divina.

XV.

Delante de tu amado
Muestra toda tu gracia,
Y de tus bellos ojos
La süave mirada;
Tu dulce ardiente fuego
Los corazones pasa
De los tiernos amantes,
Y los rinde y encanta.

XVI.

No es justo, la tristeza
 Lejos, lejos se vaya;
 ¿Para qué las tristuras
 En la apacible estancia
 De las canoras Musas,
 Que alegres himnos cantan?
 Inútiles tristezas,
 Ni convienen, ni agradan.

XVII.

Cerca del claro arroyo,
 En la ribera amena,
 Un garbanzal dorado
 Cubre la arada tierra.

XVIII.

¡Ay, ay! Parthenia mía,
 ¿Dó te vas y me dejas?
 A tí jamás ya vuelvo;
 No, no me esperes, ¡ea!

XIX.

Gracioso Amor que sirves
 A la risueña Pafia,
 Con bello cinto de oro

Y con purpúrea banda,
 Y tus sienes coronas
 De flores variadas.

XX.

Pon dóricas coronas
 A tus amables trenzas,
 Cogiendo tiernos ramos
 De eneldo y rosas frescas;
 Que á los dioses agrada
 Que las flores más bellas
 Las víctimas coronen
 De sus sacras ofrendas.

XXI.

La taza rebosaba
 De süave ambrosía,
 Mercurio toma el vaso
 De divinal bebida,
 Y á los celestes dioses
 Dulcemente servía.

XXII.

Las lucientes estrellas,
 Cabe la bella Luna
 De plateados rayos,

Su clara luz ocultan,
 Cuando su faz descubre,
 Y muy más llena ilustra
 De los alzados montes
 Las profundas honduras.

XXIII.

Esperio, que conduces
 Cuanto la blanca Aurora
 Con sus doradas luces
 En las campiñas dora.

XXIV.

Tú la estación florida,
 Canora Filomela,
 Anuncias á los hombres
 En la frondosa selva.

XXV.

Con sus calzados de oro
 Sale la Aurora bella,
 Las atezadas sombras
 Al hondo mar ahuyenta.

XXVI.

Cantar ahora quiero
 Estos tiernos cantares
 A mis dulces amigas
 Para templar mis males.

XXVII.

Descended, dulces Musas,
 Venid, süaves Gracias,
 Las de rosados brazos,
 Vos, Pierias bien trenzadas:
 Ea, divina lira,
 Tus dulces voces alza.

ERINA.

Célebre poetisa griega, que vivía hacia el año 600 antes de J. C. Dúdase de si el lugar de su nacimiento fué Lesbos, Teos, Rodas ó Telos, pues éstos y otros lugares disputábanse el honor de su nacimiento; pero la opinión más general le da por patria á Lesbos, cuna también de Safo, de quien fué amiga y rival, si bien por corto tiempo, porque Erina, llamada en la *Antología* la *Abeja*, para expresar que sus versos eran dulces como la miel, murió á los diez y ocho años de edad.

Educada Erina á la vista asidua de su madre, y muerta á tan corta edad, pudo librarse de las acusaciones de libertad ó licencia de costumbres de que han sido objeto Safo y sus íntimas amigas.

La obra capital de Erina es un poema de trescientos exámetros á *La rueca*, poema que no ha llegado á nosotros. Quedan, sin embargo, algunos fragmentos de otras composiciones, dispersos en las obras de los gramáticos y de los escoliastas.

Los que pudieron conocer el poema de *La rueca*

y las demás composiciones de Erina, elogian con entusiasmo á la malograda poetisa. «Los versos de Erina, dice Asclepiades, son pocos, pero dulces y encantadores. ¿Era posible que escribiese mucho una joven que no había llegado al cuarto lustro? Más admirable que todas sus rivales, si la hoz de la muerte no la hubiese segado tan pronto de entre los vivos, ¿quién pudiera alcanzar su reputación?»

Un griego del siglo de Augusto, Antípater, dice á su vez: «Los versos de Erina son pocos y concisos, pero queridos de las Musas. ¡Razas futuras, vosotros los cantaréis, y la sombría noche nunca les cubrirá con sus alas! Nuestros modernos poetas crean obras más voluminosas; pero, débiles abortos, caerán en el olvido. El cisne sólo una vez deja oír sus acentos encantadores; el grito del grajo es penetrante y se disipa en la nube.»

La oda *A la Diosa de la Fuerza*, que á continuación publicamos, es traducida por D. Marcelino Menéndez Pelayo, y el fragmento que le sigue por los hermanos Canga Argüelles.

ODA.

A LA DIOSA DE LA FUERZA.

Hija de Ares, belicosa *Fuerza*:
 Mitra de orb tus cabellos ciñe:
 Diosa potente, en la estrellada cumbre
 Moras de Olimpo.
 Salud, oh reina: concedió á tí sola
 Poder inmenso la vetusta Parca,
 Para que el cetro universal temido
 Rija tu mano.
 Y tú encadenas con robustos lazos
 Mares y tierras al imperio tuyo,
 Y así dominas, de temor segura,
 Pueblos y reyes.
 El tiempo mismo, que ligero vuela
 Y corta el hilo de la humana vida,
 No te conmueve, y, al tocarte, exhala
 Plácido aliento.
 Porque tú sola los varones crías
 Armipotentes en la lid sañosa:
 Como de espigas, Démeter fecunda
 Cubre los campos.

EPIGRAMA.

A PROMETEO.

Esta imagen, Prometeo,
Tierna mano la pintó,
Y excediéndose al deseo,
La hizo tal, que para estar
En ella Agazarchis, no
Le falta ya más que hablar.

ALCEO.

Noble y turbulento ciudadano de Mitylene, en la isla de Lesbos, los accidentes de la vida de Alceo están ligados con la historia de su ciudad natal. Sostuvo con pasión los privilegios de su clase, amenazados por los partidos democráticos, que, como acontecía en el Peloponeso, ponían en Lesbos á su frente, con extensas atribuciones, ambiciosos y hábiles jefes. De aquí los gobiernos de uno solo, llamados *tiranías ó principados*.

Contra Melanchros, uno de estos tiranos de Mitylene, se sublevaron los hermanos de Alceo, Antimenide y Cicis, aliándose al hombre de Estado más importante de su época, el célebre Pittacus, y matando al usurpador (año 612 antes de Jesucristo). Luchaban al mismo tiempo los de Mitylene con los Atenienses, y Alceo y sus compatriotas fueron derrotados, aunque Pittacus mató en combate singular á Phrynón, jefe de los Atenienses (año 606 antes de Jesucristo).

Continuó Mitylene dividida en bandos, cuyos

jefes convertíanse en verdaderos tiranos. Tales fueron Myrsile, Melagagyros y los Cleanactides. El partido aristocrático, á que pertenecían Alceo y Antimenide, fué expulsado de Mitylene, y ambos hermanos anduvieron por algún tiempo errantes. Alceo emprendió largos viajes hasta Egipto, y Antimenide entró al servicio de los Babilonios, probablemente en la guerra que Nabucodonosor hizo al faraón egipcio Nechao y á los Estados de Siria, Fenicia y Judea (de 606 á 584 antes de Jesucristo).

Algún tiempo después aparecen los dos hermanos en las inmediaciones de su ciudad natal, procurando entrar en ella por fuerza al frente del partido aristocrático. Entonces fué cuando el pueblo, en asamblea general, eligió por jefe y gobernador á Pittacus para que defendiera la Constitución.

Duró la administración de Pittacus de 590 á 580 antes de Jesucristo, teniendo la suerte de vencer al partido expulsado y de atraérselo por su elocuencia y moderación. Reconcilióse hasta con Alceo, y el perseguido poeta acaso vió transcurrir tranquilos en su patria los últimos años de su vida.

Entre tantas vicisitudes y peligros resuena la lira de Alceo, no para lamentar, como Solón, los males de la patria con atenta calma é imparcial patriotismo, ni para mostrarle el remedio, sino para expresar las emociones violentas de su alma y para comunicar á los otros el ardor de sus sentimientos.

Cuando Myrsile estuvo á punto de fundar un gobierno tiránico en Mitylene, compuso Alceo la bella oda en que compara el Estado á un buque azotado por la tempestad, que las olas balancean, mientras las aguas llegan al pie del palo mayor y el huracán desgarrá las velas. Conocemos esta oda, no sólo por un importante fragmento del original, sino también por la feliz imitación de Horacio, que, sin embargo, no vale lo que el modelo.

Muerto Myrsile, da rienda Alceo á su alegría en otra oda que también aprovechó Horacio por lo menos para empezar una de las más bellas del poeta latino.

Sigue Alceo luchando con las armas de la poesía contra las aspiraciones de Melagagyros y los Cleanactides á una dominación desigual, aunque también, según Strabón, era culpable el poeta de empresas opuestas á la Constitución de Mitylene.

El descontento de Alceo no cesó por la proclamación de Pittacus para jefe del Gobierno. Pittacus fué desde entonces el blanco de sus apasionadas censuras, á pesar de que la antigüedad entera le elogia como hombre de Estado prudente, reflexivo, patriota, cuya virtud republicana probó desenvolviendo á los diez años de administración la autoridad que el pueblo le había confiado.

Alceo insulta al pueblo por haber hecho tirano de la infortunada ciudad al rústico Pittacus, y llena á éste de ultrajes, más propios del yambo que de la lira eólica, censurándole unas veces su vulgar aspecto, otras la mezquindad de su manera de vivir, poco digna de un caballero. Comparado

á Pittacus, parecíale el antiguo tirano Melanchros «digno del respeto de la ciudad.»

En este género de poesías, que los antiguos llamaban cantos sediciosos, presenta Alceo la imagen viviente de lo que era la situación política de Mitylene juzgada bajo su exclusivo punto de vista. Estos cantos bélicos están hechos con aliento vigoroso y marcial, aunque no inspirados en los principios del honor militar, tan severos entre los Dorios, y especialmente entre los Espartanos.

Adviértese en la obra poética de Alceo un carácter noble, pero inquieto, irritable y fácil á violentas pasiones. Las numerosas poesías dedicadas á cantar el vino y el amor, así lo atestiguan. El vino no es para Alceo medio de sensuales goces; canta sus nobles y en cierto modo morales efectos, porque no sólo hace olvidar las penas, sino que, abriendo el corazón, es espejo de los hombres, enseñándoles la verdad. Por las imitaciones de Horacio y por los fragmentos que han llegado á nosotros, se deduce que las canciones báquicas de Alceo eran siempre inspiradas en sucesos de su época ó en reflexiones sobre el destino de los seres humanos.

De la poesía erótica de Alceo apenas ha llegado nada á nuestros tiempos. De lo contrario, conoceríamos las relaciones entre Alceo y Safo, mientras apenas puede juzgarse la delicadeza y pasión de los sentimientos del poeta por insignificantes fragmentos.

Las canciones báquicas y eróticas no son de un sibarita afeminado, de un libertino atento sólo á

los goces sexuales. Alceo es en ellas el hombre vigoroso y batallador, siempre en lucha y movimiento. El tumulto de la guerra, los combates políticos, las desgracias, el destierro, las peregrinaciones lejanas, forman el fondo del cuadro de su vida, donde sólo por contraste aparece de vez en cuando la indolente alegría. A las imitaciones de Horacio, á pesar de la delicadeza de los pensamientos y del arte admirable de ejecución, les falta lo que era esencial en la poesía eólica, la emoción del alma y la sinceridad de la pasión.

Menos original que en sus otras composiciones se muestra Alceo en las poesías religiosas, en los himnos que escribió en honor de diversas divinidades. Por las citas de los antiguos se sabe que el elemento épico tenía parte principal en estas poesías; la narración era tan detallada y fiel, que el plan de estas composiciones debió diferir mucho de sus demás poesías, expresión concisa de sentimientos y de ideas.

En los pequeños fragmentos que han quedado se advierte que Alceo empleaba en los himnos igual metrificación y el mismo género de estrofas que en sus otras composiciones, aunque estos versos cortos y estas pequeñas estrofas fueran obstáculo al desarrollo de la narración. Alceo pudo, sin embargo, como lo hizo Horacio algunas veces, continuar la idea y aun la frase en una serie de estrofas. ¡Imagínese cuál sería el exquisito gusto de los poetas antiguos, y especialmente de Alceo, que, por la elección y manejo de las formas métricas, ponía asunto y forma en perfecta armonía!

ODAS.

I.

Á HARMODIO Y ARISTOGITÓN.

Yo llevaré mi espada
De mirto coronada,
Como Aristogitón y Harmodio hicieron,
Cuando al fiero tirano
Mataron, y en Atenas
La igualdad de la ley establecieron.
¡Oh Harmodio! tú no has muerto;
Tú estás, según se dice,
En la isla de los bienaventurados,
Do están los esforzados
Aquiles el ligero,
Y el gran Diomedes, hijo de Tideo.
Yo llevaré mi espada
De mirto coronada,
Como Aristogitón y Harmodio hicieron,
Cuando al tirano Hiparco
En las solemnes fiestas
De la sacra Minerva muerte dieron.

Será entre los mortales
Eterna vuestra gloria,
Caro Aristogitón y Harmodio amado,
Porque al tirano airado
Matasteis; y en Atenas
La igualdad de la ley establecisteis.

II.

Á PAN.

Ío, gran Pan, que imperas
En la Arcadia abundante:
¡Oh Bromio saltador! mil veces Ío,
¡Ío, almo Pan! mis odas lisonjeras
Tu fístula discante,
Viniendo alegre al regocijo mío.
Puesto que el cielo pío
Nos ha dado victoria,
Y mi deseo rebosó colmado;
Cantemos, pues, la gloria
De haber arrebatado
La gran Minerva, de Pandroso amado,

III.

SÚPLICA.

¡Oh! tú Tritonia Palas,
Gran reina y poderosa,